

progreso de su riqueza material impidiendo el movimiento mercantil. Estas mismas causas hacen que aquel pueblo, curándose poco de cuestiones industriales, y aglomerado por lo común en las regiones más fértiles de su rico suelo, se agite siempre en su propio fuego, viviendo sin lujo, pero en la abundancia, y sin atenciones que distraigan y calmen la actividad de su espíritu emprendedor é inquieto. Allí las ideas al reflejarse de un hombre á otro van y vuelven con luz cada vez más intensa, como los rayos reflejados por contrapuestos espejos ustorios: las revoluciones bullen en aquella especie de caldero político, hasta rebosarse y desbordarse sobre las naciones vecinas. El entusiasmo, siempre contagioso y ayudado de imaginaciones fecundas y romanescas, viste el error de formas seductoras. En el exterior, el espíritu humano, siempre ávido de novedades, ignorando los pormenores de aquella lucha intelectual, y sin oír á la parte contraria, á quien el despotismo mantiene muda y en cadenas, acoge y se apropia el veneno con el mismo orgullo con que Eva tomó y comió la fruta fatal en el Paraíso."

M. A. CARO.

POESÍAS VARIAS

POESÍAS

EL VIERNES SANTO

TRISTEMENTE reposaba
La natura soñolienta :
Ya su luz amarillenta
Trémulo el sol reflejaba,

Tiñendo la parda arena
Con su pálida vislumbre,
Y del Gólgota la cumbre,
De erizados pinos llena.

El mar no besa la playa,
Y, ya en la plena marea,
Cual espejo que argentea,
Sus tersas olas explaya.

Y ni las alas movía
La inconstante mariposa,
Ni la mosca bulliciosa
Turbar el aire se oía.

En el desierto arenoso
Duerme el león : cabe el Nilo
El repleto cocodrilo
Halla calor y reposo.

No cae la hoja marchita
Del árbol ; todo en el mundo
En un silencio profundo
Tranquilamente dormita.

Y sobre el Gólgota guarda
Tres maderos, que ha clavado,
El pretoriano soldado
Descansando en la alabarda.

En el del medio, á lo lejos,
Se ve brillar mansamente
Una luz que hacia el oriente
Manda plácidos reflejos.

De súbito nueva luz
El cóncavo cielo hiende,
Y cual corona descende
Sobre la infamante cruz.

Se entra el sol al mar profundo ;
Pero entre la noche oscura,
Que da vasta sepultura
Entre sus alas al mundo,

Brilla como un meteoro
La cruz, en que está fijado
El que, muriendo, ha salvado
Al hombre de eterno lloro.

Su noble rostro, marchito,
Que inefable luz circunda,
Despide un rayo que inunda
Todo el espacio infinito ;

Y por doquiera que están
Los justos, el corazón
Les advierte en conmoción
La caída de Satán.

Los Ángeles del Señor
Bajan desde el alto cielo,
Y se humillan en el suelo
Ante el muerto Creador.

Del mudo dolor en pos,
Fijos los enjutos ojos,
María ve los despojos
De su Hijo y de su Dios . . .

Tú allí, junto al crucifijo,
María ! . . . tú al fin lloraste,
Y tus lágrimas mezclaste
Con la sangre de tu Hijo.

Allí le oíste decir
Que Juan tu hijo sería,
Y un *Hombre* pudo á María
Ya cual *Madre* bendecir.

De Juan hermano soy yo . . .
¡ Madre ! cuán dulce es el nombre
Con que Dios, llamarte, al hombre
Al morir le permitió !

¡ Madre ! ¡ oh Madre ! para mí
De Jesús la gracia alcanza :
Yo busco fe y esperanza,
Caridad y amor, en Ti !

POPAYÁN, 1843.

TE QUIERO

Te quiero, sí, porque eres inocente,
Porque eres pura, cual la flor temprana
Que abre su cáliz fresco á la mañana
Y exhala en torno delicioso olor.
Flor virginal que el sol no ha marchitado,
Cuyo tallo gentil se eleva erguido
Por matutino céfiro mecido
Que besa puro la aromada flor !

Te quiero, sí ; pero en mi pecho yerto
Ya con amor el corazón no late,
Ay ! ni mi frente pálida se abate
Al contemplar tu cuello de marfil ;
Pero te quiero como á aquella tierna
Hija de mi alma que inocente ahora,
En el regazo de su madre, llora,
Tal vez, la pena que soñó infantil.

No dejaré que veleidoso vague
De flor en flor mi loco pensamiento,
Mas también la amistad tiene su acento ;
Amigo soy, amigo te hablaré.
Feliz tú ! feliz yo ! Mis largos años
Cuentan dos veces los que tú has vivido :

Tú el aguijón de amor aun no has sentido,
Yo ya de amor el aguijón gasté.

El fuego brilla en tus abiertos ojos,
Pero no hará reverberar los míos ;
Tu blando acento en mis oídos fríos
Rápido vibra y piérdese al caer :
Y si entrecubre el párpado bruñido
Tu dilatada, lúcida pupila,
Mi mirada pacífica, tranquila,
Admira el ángel—nunca la mujer.

Tal vez anima tu semblante puro,
Con gracia celestial, vaga sonrisa,
Como se anima, al soplo de la brisa,
El terso lago en tímido vaivén.
Y tu inefable sonreír de ángel
Al corazón arrancará un suspiro ;
Mas yo impasible tu sonrisa miro
Y mirara impasible tu desdén.

¿ De qué sirve en el árido desierto
De ruiñeñor armónico gorjeo ?
¿ Á quién dará su música recreo,
Si todo en torno es yermo y orfandad ?
¿ Y qué valen la gracia y la hermosura,
Y la lágrima amiga y la plegaria,
Cuando el alma abrumada y solitaria
Está absorta en su propia soledad ?

¡ Estéril soledad, do todo muere,
Que llevo yo doquier conmigo mismo,
Que, cual potente mar, torna en abismo,
Y á sí asimila cuanto en ella cae !

Ya para mí la brisa no levanta
El mar de las pasiones ; está en calma ;
Al estéril desierto de mi alma
Sólo la arena sus mudanzas trae.

Volcán extinto soy, ceniza fría
Que humedeció el dolor. Lee lo que escribo :
Tu mirada de fuego yo no esquivo,
Que la chispa al caer se apagará.
Lee sin temor. Algún futuro día
Dirás :— Era mi amigo !— Á más no alcanza
Ya mi ambición ; mi tímida esperanza,
No de amistad el linde salvará.

Pero tu suerte, hermosa flor ! tu suerte,
Yo quisiera labrar y tu ventura ;
Eres hermosa : el crimen de hermosura
Persigue el hado, sin piedad, aquí.
Flor virginal que con la brisa ondeas,
El gusano te acecha, en torno andando,
El diente aguza, y en el tallo blando . . .
¡ Oh Dios ! buen Dios ! apártale de allí !

Tú la hiciste, Señor, no la abandones !
Tú de gracia, de amor tú la vestiste,
Cúhdala ahora ! El enemigo existe,
Desnudo de virtud y de piedad.
No le permitas deshojar tu lirio !
Ay ! ni en el cáliz exhalar su aliento !
Ay ! ni permitas que enemigo viento
Aje tu linda flor, Dios de bondad !

DESPUÉS DE SIETE AÑOS

¡ Ay ! siete años han corrido ;
Siete años há te veía
Sentir cuando yo sentía . . .
¿ Quién este cambio ha traído ?

Siete años há tu mirada
Era mirada del cielo,
Era rayo de consuelo
Para el alma atribulada.

En tu modesto retiro
Dabas amor á mi amor,
Y dolor á mi dolor,
Y á mi suspiro, un suspiro.

Brillaba en tus negros ojos
Una inocente pasión,
Latía tu corazón,
Hablaban tus labios rojos.

Tú inocente, puro yo,
¿ Me amas ? te preguntaba,
Y tu labio no esquivaba
La grata respuesta, no.

Para nosotros había
Misterioso talismán ;
Al gozo el gozo, al afán
El afán correspondía.

El secreto pensamiento
Que iba en el seno escondido,
No te era desconocido ;
Le leías al momento.

Frecuentemente me hallé
Entre la turba mezclado,
Y sin verte, entusiasmado,
Tu presencia adiviné.

Hoy, siete años han corrido,
¿ Y cuál es la diferencia ?
Ésta : que con la inocencia
El amor también se ha ido !

ME AUSENTO

AUSÉNTOME, buen Dios, me ausento solo,
Y todo es soledad por donde paso ;
Y todo está dormido. En el ocaso
Lento su disco va sumiendo el sol ;
Y espira como espira mi esperanza
En tristísimo lánguido desmayo,
Sin despedir ni un moribundo rayo,
Eclipsado entre nubes su arbol.

Avánzase la noche tenebrosa,
Y sepulta á la tierra en su hondo seno ;
Ni zumba el viento, ni retumba el trueno,



Avánzase la noche tenebrosa.

Ni se oye el arroyuelo murmurar.
Una pálida estrella solitaria
Hiende el crespón del cielo nebuloso,
Y en triste melancólico reposo
Puede apenas las nubes penetrar.

Imagen de mi vida sin ventura !
Estrella solitaria ! aquellas nubes
Que velan la mansión de los Querubes
Impiden que tu luz llegue hasta aquí ! . . .
Yo también en la tierra un alma tengo ;
Pero su luz á penetrar no alcanza,
Y es luz de amor, de amor sin esperanza,
Mas ay ! la luz ! . . . la luz no brilla en mí !

Entre el terrible estrépito del mundo,
Ó en esta soledad dulce, sombría,
Mi corazón palpita de agonía
Y vive del dolor mi corazón.
Mi corazón, cuyo latir convulso,
Perdida la quietud, la paz perdida,
Le da existencia, como al mar da vida
El sordo rebramar del aquilón.

¡ Cuán horrible es vivir de la tristeza,
Agobiada la sien de pesadumbre,
Y no sentir jamás la dulcedumbre
Que la fe sólo y la esperanza dan !
¡ Cuán horrible es amar sin ser oído,
Que el suspiro entre lágrimas enviado
No halle jamás el eco deseado
Que respondiendo, alivie nuestro afán !

¡ Cuán horrible es pensar que yo sucumba
Al peso irresistible del destino,
Y divertir con mi clamor contino
El capricho ó virtud de una mujer !
¡ Cuán horrible es contar mis tristes horas
Por las horas acerbadas de mis penas,
Y sentir la ponzoña entre mis venas
Sin probar nunca el cáliz del placer !

Ó pensar que un rival afortunado,
Á quien propicia se mostró su estrella,
Pueda en su boca deliciosa, bella,
Vida beber, felicidad y amor.
Y entre su seno cándido, süave,
Verle gozar sus tímidas caricias ;
Y de amor embriagado y de delicias,
Cuando yo gimo presa del dolor.

Sí, del dolor ; si alguna vez sus labios
Á mis ardientes labios se juntaron,
Y unos en otros el placer buscaron
Llenos de fuego, y vida, y juventud,
Entonces, cual volcán, cuyo estallido
Ahoga el cantar del ruiseñor contento,
De la pasión el seductor acento
Ronca acalló la voz de la virtud.

Y con la mano trémula apartóme,
Sustrajo á mi cabeza su regazo,
Huyendo de mi amor y de mi abrazo
Y de su propia tímida pasión.
Y yo la vi de lejos reclinada,

Puesta la mano trémula en la frente,
De un caduco deber llena la mente,
Y del amor presente el corazón.

Pero sus ojos tímidos me vían
Sin osarme mirar : húmeda estaba
Su faz, donde la lágrima brillaba
Como el rocío en nacarada flor.
Ahora arrepentida se mostraba
De haberme rechazado : ora tendía
La palma, y ordenarme parecía
Que respetase, amando, su pudor.

Mas prendíme á sus labios deliciosos,
Como de abejas el dorado enjambre
De virgen flor al oscilante estambre
Que blando mueve el céfiro al pasar.
Ay ! donde yo la vida hallar creía,
Cual colibrí la miel en la azucena,
Sólo hallé copa de ponzoña llena
Que vino mi existencia á envenenar.

Y la probé, cual pajarillo incauto
El *solo* grano que la red encierra,
Y deja de vagar por aire y tierra
Prisionero quedando entre la red.
Oh ! quién pudiera nunca haber probado
El néctar en sus labios de ambrosía,
Donde mi alma en éxtasis bebía
Sin apagar jamás la ávida sed !

Pero quise probarle ! . . . Así el viajero
Incauto en los desiertos de Sahara,
El resoplar del viento deseára!

Del viento del desierto abrasador ;
Y así sentí cual siente el peregrino
Al ver llegar la muerte sobre el viento
Que emponzoña las auras y el aliento
Con su abrazo de fuego y de dolor.

Así sentí, mujer ; ése el alivio,
Ése fué de placer el que ofreciste
Amargo cáliz, eso lo que diste
Por sola recompensa de mi fe.
Hora mintiendo afectos, á engañarme
Yo no sé qué te impele seductora,
Conozco que me engañas aun *ahora* ;
Ó tal vez me amarás — yo no lo sé.

Pero yo sí te amo. No profanes
De mi amor el purísimo santuario,
No olvides al viajero solitario
Que vive, que delira para ti ;
Para ti sola, para ti, que diste
Tormentos á mi alma venturosa,
Por quien la vida arrastro pesarosa
Entre el dolor, la angustia, el frenesí.

Robásteme la dicha que tenía,
Robásteme mi paz y mi sosiego,
Y en mi tirana te erigiste luégo,
Y yo te amo y siempre te amaré.
Mas no cual tú, que tienes quien te admire,
Quien te prodigue incienso prosternado ;
Yo sólo tengo un corazón llagado,
Sólo amar sé y amando moriré.

Con sus dulces armónicos acentos
Ótro feliz encantará tu oído,
Ó de célicas formas bendecido
Su talle al vivo ostentará y su faz ;
Pero á *mí* el cielo, de su polvo avaro,
Me ha negado la atlética belleza ;
Yo no levanto al cielo mi cabeza,
Ni alzo á las nubes mi mirar audaz.

Pero ay ! que si el cielo no ha querido
De perfección hacer conmigo alarde,
No por eso, mujer, soy yo cobarde,
Yo tengo *honor*, aunque pujanza no
Sí, tengo *honor*, el sentimiento excelso
Que asegura del alma el poderío,
Y un alma bulle aquí en el pecho mío,
Que digna de adorarte Dios creó.

A BEATRIZ

HIJA, tu madre me dice
Que cuando tus ojos vieron
Mi carta, se humedecieron,
Y suspiraste por mí.
Yo no sé, hija del alma,
Qué me pasa : si es tormento,
Ó si es placer lo que siento,
Al saber esto de tí.

Esa lágrima inocente
Que hasta la infancia derrama,
¿ De nuestro Dios no reclama